

JOSÉ LUIS
TORRES VITOLAS

ALBATROS



CASA DE CARTÓN

ALBATROS

José Luis Torres Vitolas

ALBATROS



CASA DE CARTÓN

© José Luis Torres Vitolas, 2012.
© Editorial Casa Cartón Perú E.I.R.L., 2017
© Diseño de cubierta y de interiores: Servicios editoriales
Eclipsa, 2017

Editorial Casa Cartón Perú E.I.R.L.
Calle Madrid 222, Ate
Lima, Perú
Teléfono: +51 1 3493507
editorial@casadcarton.es
www.casadcarton.com
www.casadcarton.es

Premio Internacional Alfons el Magnanim 2012 (España).
Mejor Ópera Prima por el Festival du Premier
Roman de Chambéry (Francia).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Diciembre, 2017
Tirada de 3000 ejemplares
ISBN: 978-612-46943-6-3

Impreso en Perú
IAKOB Comunicadores & Editores S.A.C.
Jr. Manuel Segura 775
Lince, Lima. Julio 2017.

Justo iba a dar el paso
cien y abandonó el camino.

Era febrero,
una tarde llena de sauce.

El tiempo tiene un miedo ciego a los relojes.

CÉSAR VALLEJO

UNO

El estómago te arde. ¿De dónde vas a sacar casi dos mil francos? Estás jodido, muy jodido. Y, otra vez, la voz de tu tío vuelve, Sergio. Vuelve.

—Tienes que irte del Perú, ¿me oyes? Y lo digo en serio. Irte, pero muy lejos. Ahora que puedes...

Avanzas, sabes que deberías haber almorzado. Aunque sea las lentejas de ayer que siguen en la refrigeradora. Mañana no servirán. Enciendes un cigarrillo. Caminas hasta el final de la *rue* Jean-François Bartholoni y llegas al *boulevard* Georges-Favon.

El aire húmedo retiene algo del aroma de lo que se ha ido. Los autos están quietos, esperan la luz verde del semáforo. Percibes el olor del combustible. Cruzas la pista y ahí está el Plainpalais. Y otra vez tu tío, su voz. ¿Estarás lo suficientemente lejos, Sergio?

—¡Qué tal huevada, carajo! Esto no debería haber salido así... La cosa era diferente... Puta madre... Pero muy diferente... Vamos, chupa, sobrino...

Así no es, ¿sabes? Así no es. Si no chupas, no llegarás lejos. Los contactos, los acuerdos, se cierran así. Los negocios necesitan gasolina, ¿sabes? Gasolina, recuérdalo. Si no tomas, la gente desconfía, ya te lo he dicho. Bebe, que estás conmigo. Además, tenemos un negocito que ver y cerrar el trato. Y hay que echarle combustible al asunto. Así que toma de una vez, carajo, y hazme caso, que esto se jode.

Continúas caminando por la *rue* Harry-Marc. Atrás queda la iglesia, atrás queda Dios. Avanzas hasta la avenida Du Mail y, de pronto, te sientes en la avenida La Colmena, allá en Lima. El desprecio estira tus labios. Es inútil. Todo se parece a esa ciudad gris, de cielo amargo. Primero Madrid, ahora Ginebra.

—No, sobrino... —elevaba la voz, bebía, elevaba la voz—. Te equivocas. Las apariencias engañan... La cosa está mal. Fujimori va a caer, ¿sabes? El régimen está hasta las huevas. Esto se hunde y se va para el hoyo. Así que escúchame bien, que te hablo como amigo, ¿sabes? No como tu tío ni como tu superior. No. Como amigo, ¿me oyes? Como amigo. Todavía tienes tiempo. ¿Yo? Ni de vainas, carajo. Yo no puedo. Tú, sí.

¿Estarás lo suficientemente lejos, Sergio? Miras el reloj. Las 5:37 p.m. No hace frío, pero

enfundas las manos en los bolsillos y caminas cabizbajo. Vas escondido entre otros transeúntes, altos, bien vestidos. Sabes pasar desapercibido. Incluso aquí.

—No, no hay ningún problema. Se puede hablar. Ni que fuera huevón, sobrino. Estamos solos, así que con confianza que no hay micros. No, no hay nada sembrado en esta sala ni en la otra. Arriba sí, pero aquí no. Así que, tranquilo, que no pasa nada. Créeme.

Te adentras por una calle estrecha, muy limeña. El cigarrillo se termina como un pequeño reloj de fuego. Arrojas el pucho al suelo y lo aplastas con el pie. El estómago te quema. Deberías haber comido esas malditas lentejas. No aguantarán un día más. Mañana no servirán. No, mañana ya no.

—Te doy un mes para que arregles tus cosas y te vayas. Shisst... Calla, calla. Yo me encargo de tu baja y de todo lo demás. Madrid es un buen sitio, ¿sabes? Ahí está la Dora. Ella te va a recibir.

Doblas hacia la izquierda y avanzas por la *rue* Charles Humbert. Lima. Lima. Lima. Lima. Muy Lima todo. Desde un local con amplias ventanas de cristal se oye un huayno. *No importa aquí o más allá, que para mí todo es lo mismo...* Piensas en aquel día cuando partiste, rápido, demasiado. *Soy un viajero sin destino...*

—Eso, eso, bravo, sobrino. Ya vaciaste el vaso. ¡Así! ¡Así hay que tomar, caracho! Bueno, bueno, ¿en qué iba...? ¿Tienes plata? ¿No estarás misio, verdad? Supongo que habrás ahorrado algo. Con los trabajitos que has tenido deberías tener de sobra, ¿no? Perfecto, perfecto. Eso está bien. Siempre hay que tener reservas para las contingencias.

En la puerta de ese local ves al Cucaracha que se asoma. Tiene una botella de cerveza en la mano y mira hacia la calle. Bebe, escupe, bebe. Te detienes. Dudas. Mierda. *Aun de muerto caminando, recordaré mis pasiones...*

—¡Qué huevada! Esto se hunde. Se hunde. El plan era otro, ¿sabes? Qué cagada... ¿Quién iba a pensar que con este iba a repetirse lo de Belmont? Sí, pues, sí... Nos fallaron los cálculos.

Después de casi veinte años, el Cucaracha apenas ha cambiado. Su cuerpo quemado solo está más viejo, encogido. Sus ojos rojos, pequeños, ansiosos, siguen vibrando, alertas, con la risa y la bronca a punto de estallar en cualquier momento.

—¡Putá madre! Debió darse el golpe como estaba previsto, carajo... Todo hubiera sido diferente. Pero, no, pues, se cagó la cosa. Nadie vio al Chino. Nadie.

Miras el reloj nuevamente. Otro huayno empieza y, esta vez, observas con atención el local. En letras rojas lees Librería Albatros.

—¡Conchesumadre! ¡Viniste, hermano! —el Cucaracha se acerca, te abraza, te aparta, te mira, te abraza—. Carajo, quién iba a decirlo, tú aquí... ¡Aquí!

Y guardas silencio, evaluando, midiendo. El incendio en el estómago te obliga a entrecerrar los ojos. Las lentejas, las malditas lentejas. El Cucaracha apesta a sudor, ají, cebolla, cerveza, tabaco. Otra vez aparece la avenida La Colmena y ella. Ella. Ella. Todo está donde debe de estar. Ella, él, tú, la oscuridad. Enciendes otro cigarrillo.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo! —grita el Cucaracha hacia el interior de la librería—. ¡Ya llegó mi pata!

Un hombre se aproxima con un par de botellas. Deberías haber comido. Las lentejas ya no servirán.

—Hola —el tipo que se llama Rodrigo sonrío y te entrega una cerveza.

—¿Qué tal...? —escupes el humo al hablar.

¿Estarás lo suficientemente lejos, Sergio? El fuego crece, te destroza por dentro, lo consume todo, quemando tus entrañas.

